



## CAPÍTULO VI.

De la conversacion de algunos Señores sobre los comediantes de la compañía del teatro del Príncipe.



El mismo tiempo que se levantaba mi amo de la cama, recibió un billete de Don Alejo Seguíer, en que decia le quedaba esperando en su casa. Pasamos á ella, y encontramos allí al marques de Zenete y á otro caballero de buena traza, á quien yo nunca habia visto.—Don Matías, dijo Seguíer á mi amo presentándole el tal caballero, este caballero es Don Pompeyo de Castro, mi pariente. Reside en la corte de Portugal casi desde su infancia. Ayer noche llegó á Madrid, y mañana se restituye á Lisboa. No nos concede mas que este dia para gozar de su compañía y conversacion. Yo quiero aprovechar un tiempo tan precioso, y para hacerle mas grato y divertido, necesito de tí y del marques de Zenete. Al oír esto, mi amo dió un estrechísimo abrazo al pariente de Don Alejo, y recíprocamente se hicieron grandes cumplidos. A mí me agradó mucho todo lo que decia Don Pompeyo, y desde luego hice juicio de que era hombre de entendimiento sólido, y de discernimiento delicado.

Comieron todos en casa de Seguíer, y despues de comer se pusieron á jugar para divertir el tiempo hasta la hora de la comedia. Entonces fueron todos al teatro del Príncipe, donde se representaba la nueva tragedia intitulada: *La reina de Cartago*. Acabada la representacion, volvieron juntos á cenar donde habian comido, y toda la conversacion se la llevó la tragedia que acababan de oír, y los actores que la representaron.—En cuanto al drama, dijo Don Matías, hago poco aprecio de él, porque encuentro á Eneas mas frio é insulso que en la Eneida; pero es preciso confesar que se representó divinamente. Véamos lo que nos dice el Señor Don Pompeyo, porque sospecho que no se ha de conformar con mi sentir.—Señores, respondió aquel caballero sonriéndose, veo á ustedes tan pegados de sus actores, y tan hechizados particularmente de sus actrices, que no me atrevo á confesar que en este punto no concuerdan nuestras opiniones.—Bien dicho, interrumpió burlándose Don Alejo, porque aquí seria mal recibida la vuestra. Haces bien en respetar las actrices á pre-

sencia de los panegiristas de su reputacion. Nosotros vivimos y bebemos todos los dias con ellas; somos defensores del primor con que representan; y si fuere menester darémos testimonio de ello.—No lo dudo, interrumpió el pariente, y tambien pudieran ustedes darlo de su vida y costumbres, segun la familiaridad con que me parece las tratan.

—Sin duda que serán mejores vuestras comediantas de Lisboa, dijo entonces zumbándose el marques de Zenete.—Sí, ciertamente, respondió Don Pompeyo, valen algo mas que las de Madrid: por lo menos hay algunas en quienes no se nota el mas mínimo defecto.—Esas tales, replicó el marques, pueden contar con vuestras certificaciones.—Yo, repuso Don Pompeyo, no tengo trato alguno con ellas, ni concurro á sus reuniones; y así puedo juzgar de su mérito sin preocupacion ni parcialidad. Pero de buena fe, prosiguió, ¿estais verdaderamente persuadidos de que en vuestro teatro teneis una compañía escelente?—No, pardiez, respondió el marques, yo solamente defiendo un número muy corto de los actores, y echo á un lado á todos los demas. ¿Pero no me negaréis que es admirable la primera dama que representa el papel de Dido? ¿No lo representa con toda la nobleza, con toda la magestad, y con todo el agrado que nos figuramos en aquella desgraciada reina? ¿Y no habeis admirado el arte con que interesa al espectador en sus afectos, haciéndole sentir aquellos mismos movimientos diversos que escitan en ella las diferentes pasiones? Parece que se arroba ó que se echala cuando llega á lo mas delicado y patético de la declamacion.—Convengo, respondió Don Pompeyo, en que sabe conmovier y enternecer; esto quiere decir que representa bien, pero no que carezca de defectos. Dos ó tres cosas me chocaron en ella. Por ejemplo: si quiere espresar un afecto de admiracion ó de sorpresa, vuelve y revuelve aquellos ojos de un modo tan violento y tan fuera de lo natural, que verdaderamente dice muy mal en la magestuosa gravedad de una princesa. Añádese á esto que, con engrosar la voz, que tiene naturalmente dulce y delicada, forma un sonido bronco bastante desapacible. Fuera de eso en mas de un lugar de la tragedia hacia ciertas pausas que alteraban ú ofuscaban el sentido, dando motivo para sospechar que no comprendia bien aquello mismo que decia. Sin embargo quiero mas bien suponer que estaba distraida que acusarla de falta de inteligencia.

—A lo que veo, dijo Don Matías al censor, ¿vos no os atreveriais á componer versos en alabanza de nuestras cómicas?—No digais eso, respondió Don Pompeyo; antes bien descubro en ellas un gran talento al traves de sus defectos, y aun diré que me encantó la que hizo papel de criada en

<sup>1</sup> Era una célebre actriz llamada Angela, que tomó el sobrenombre de *Dido*, por lo bien que desempeñó muchas veces la pieza de que aquí se habla, compuesta por Guillen de Castro.

el entremes. ¡Qué naturalidad la suya! ¡Con qué gracia se presentó en las tablas! Cuando tiene que decir algun chiste, le sazona con cierta risita taimada, llena de mil gracias, que le añaden infinita sal<sup>1</sup>. Podrá quizá notársele de que alguna vez se deja llevar algo de su viveza, y que pasa los límites de un desembarazo comedido; pero no hemos de ser tan rigurosos. Yo solo quisiera se corrigiese de una mala costumbre que ha tomado. Muchas veces, en medio de una escena, y en un pasage serio, interrumpe de improviso la accion, por dejarse llevar de una loca gana de reir que le da. Diráseme acaso que entonces es precisamente cuando mas la aplauden los del patio. ¡Grande aprobacion por cierto!

—¿Y qué nos dice vd. de los comediantes? interrumpió el marques; sin duda que contra estos disparará toda su artillería, cuando no ha perdonado á las comediantas.—No es así, respondió Don Pompeyo; ví algunos actores jóvenes que prometen mucho; sobre todo me gustó bastante aquel comediante gordo que hizo el papel de primer ministro de Dido<sup>2</sup>. Recita muy naturalmente, y así se recita en Portugal.—Si esos le contentaron á vd. tanto, dijo Seguíer, habrá quedado hechizado del que hizo el papel de Enéas. ¡No le pareció á vd. un gran comediante, un actor original?—Y aun demasiado original, respondió el censor, porque tiene tonos que son privativos suyos; por señas que son bien agudos y bien descompasados, tanto que casi todos salen fuera de lo natural. Precipita las palabras donde se encierra el sentido, y se detiene en las otras que no contienen alguno. Tal vez hace tambien gran esfuerzo en las puras conjunciones. Divirtiómeme mucho, con especialidad en aquel pasage en que esplica á su confidente la violencia que le cuesta la necesidad de abandonar á su princesa. No es fácil espresar un dolor mas cómicamente.—Poco á poco, primo, replicó Don Alejo, al paso que vas, nos harás creer que aun no se ha introducido el mejor gusto en la corte de Portugal. ¡Sabes que el actor de quien se trata es un hombre singular? ¡No oíste las palmadas y los vivas con que todos le aplaudieron? Todo eso prueba que no es tan malo como le pintas.—Nada prueban, replicó Don Pompeyo, esas palmadas ni esos vivas. Dejemos, señores, si les place, esos aplausos del vulgo. Frecuentemente los da muy fuera de tiempo y contra toda razon, y por lo comun aplaude menos el verdadero mérito que el falso, como nos lo enseña Fedro por medio de una fábula ingeniosa. Permitidme que os la cuente.

Juntóse en una gran plaza de cierta ciudad todo el pueblo para ver las habilidades que hacian unos charlatanes titiriteros. Entre ellos habia uno que se llevaba los aplausos de todos. Este bufon, al acabar otros varios juegos de manos, quiso cerrar la funcion dando al pueblo un espec-

<sup>1</sup> Probablemente era la graciosa Antonia Infante, no menos célebre en su línea que la anterior.

<sup>2</sup> Debíó ser Sebastian de Prado, actor insigne en tiempo de Felipe IV.

táculo nuevo. Dejóse ver solo en el tablado, cubrióse la cabeza con la capa, agachóse, y comenzó á remedar el gruñido de un cochinito, con tanta propiedad que todos creyeron que verdaderamente tenia escondido debajo de la capa algun marranito verdadero. Comenzaron todos á gritar que se quitase la capa, hízolo así, y viendo que no tenia cosa alguna debajo de ella, se renovaron los aplausos y la grande algazara del populacho. Un lugareño que estaba en el auditorio, chocándole mucho aquellas importunas espresiones de necia admiracion, gritó pidiendo silencio, y dijo:—Señores, sin razon se admiran ustedes de lo que hace ese bufon. No ha hecho el papel del marranito con tanta perfeccion como á ustedes les parece. Yo lo sé hacer mucho mejor que él, y si alguno lo duda no tiene mas que concurrir á este sitio mañana á la misma hora. El pueblo, preocupado ya en favor del charlatan, se juntó al dia siguiente aun en mucho mayor número que el anterior, mas para silbar al paisano que por divertirse en ver lo que habia prometido. Dejáronse ver en el teatro los dos competidores. Comenzó el bufon y fué mas aplaudido que lo habia sido nunca. Siguióse despues el labrador: agachóse cubierto con su capa, tiró de la oreja á un marranito que llevaba escondido bajo del brazo, y el animalito empezó á dar unos gruñidos muy agudos. Sin embargo, el auditorio declaró la victoria por el pantomimo, y atolondró al paisano con silbidos. No por eso se turbó ni corrió el buen lugareño; ántes bien, mostrando el lechoncillo al auditorio:—*Señores*, dijo con mucha socarronería, *ustedes no me han silbado á mí, sino al marrano. Miren ahora qué buenos jueces son.*

—Primo, dijo Don Alejo, en verdad que tu fábula pica que rabia. Con todo eso, á pesar de tu lechoncillo, nosotros nos mantenemos en lo dicho. Mudemos de asunto, prosiguió, porque este ya me empalaga. ¡Con que tú estás resuelto á marchar mañana, sin hacer caso del gran gusto que tendria yo en disfrutar por mas tiempo de tu amable compañía?—Tambien quisiera yo, respondió su pariente, gozar mas despacio de la tuya; pero no puedo. Ya te dije que vine á la corte á cierto negocio de estado. Ayer hablé al primer ministro, mañana tengo que volver á verle, y un momento despues me es preciso partir en posta para restituirme á Lisboa.—Cátate un portugues hecho y derecho, replicó Seguíer, y segun todas las señas nunca vendrás á establecerte en Madrid.—Creo que no, respondió Don Pompeyo. Tengo la fortuna de que me quiere el rey de Portugal, y estoy bien hallado en su corte; pero ¿creerás tú que, no obstante la bondad con que me distingue, faltó poco para que saliese desterrado para siempre de sus dominios?—¿Cómo así? le replicó Don Alejo. Cuéntanoslo por tu vida.—Con mucho gusto, respondió Don Pompeyo, y al mismo tiempo os contaré tambien la historia de mis sucesos.